

que muestran hasta qué punto la existencia del hombre reclama –para llegar a su plenitud– lograr materializar de manera concreta lo que la inteligencia conoce en abstracto. En la base de la crisis educativa actual hay un predominio de lo cognitivo que no se corresponde con el hecho de que el ser humano se halla ‘ontológicamente’ encarnado. El reto de la virtud, desde este punto de vista, coincide con el desafío de la ‘humanización’, o sea, la manifestación completa de la originalidad de cada persona. En este terreno, la obra de Emanuele Balduzzi constituye una notable aportación, cuya importancia tiene que ver con la capacidad para mostrar convincentemente que la referencia a la virtud no puede ser ignorada por una antropología educativa que, de modo efectivo, quiera hacer justicia a la identidad del ser humano.

Giuseppe Mari

Università Cattolica del Sacro Cuore (Milán, Italia)

Buxarraís, M. R. y Martínez, M. (Eds.) (2015).

Retos educativos para el siglo XXI. Autonomía, responsabilidad, neurociencia y aprendizaje.

Barcelona: Octaedro, 179 pp.

Autonomía y responsabilidad se presentan hoy como dos de los principales fines que la educación debe asumir si queremos que los más jóvenes sean capaces de gobernar sus vidas y la de la comunidad de forma sostenible. Sin embargo, definir estos conceptos resulta una tarea nada sencilla. Si bien tradicionalmente se han considerado contradictorios, actualmente sus significados están, para muchos, entrelazados. Así, oímos hablar de términos como “responsabilidad voluntaria” o “autonomía responsable”, comprendida como la autonomía que se construye en interdependencia con los otros, aprendiendo a valorar que la libertad debe estar cruzada con el respeto a los demás y la búsqueda comprometida del bien común (p. 8).

La educación, y especialmente la educación en valores, es una tarea cada vez más diversificada y compartida. Familia y escuela siguen siendo las instituciones educativas por excelencia, aunque las nuevas tecnologías han cobrado una importancia innegable. Los autores y autoras del libro, conscientes de esta situación, nos ofrecen a lo largo de los capítulos algunas consideraciones a tener en cuenta a la hora de educar para la autonomía y la responsabilidad en cada uno de estos ámbitos.

La familia está considerada como el espacio más idóneo y privilegiado para la educación. El hogar permite vivir los valores, respirar el aprecio por ellos desde

lo cotidiano y rutinario, casi mágicamente. Sin embargo, esto comporta a padres y madres la gran responsabilidad de generar espacios formativos repletos de intencionalidad ética. Es importante que las familias trabajen tres aspectos fundamentales para el desarrollo de la autonomía y la responsabilidad de sus hijos (p. 46). El primero de ellos es la autorregulación; ésta libera al niño de la necesidad de una regulación externa, lo que le permite desarrollar una acción por sí mismo teniendo en cuenta a los demás. El segundo es el desarrollo prosocial; definido como el comportamiento voluntario que comprende respuestas reactivas y proactivas a las necesidades de los demás para promover su bienestar. El último, pero primordial, es el apego. Cuando los niños reciben cuidados y amor por parte de los adultos, se van tejiendo entre ellos relaciones sólidas. El establecimiento de estos lazos garantiza el crecimiento en un marco de seguridad, aceptación incondicional y reconocimiento (p. 57).

La acción educativa de las escuelas es también elemental. Actualmente, existen múltiples enfoques pedagógicos acerca de cómo educar la autonomía y la responsabilidad en los centros educativos. Y, si bien no es posible imponer ninguno de ellos, los autores y autoras de la obra coinciden en la idoneidad de la ética del cuidado. Este paradigma apunta a la raíz de la responsabilidad por los demás, a partir de la comprensión de un mundo interrelacionado, y del aprendizaje de la confianza, la compasión y el afecto como ejes vertebradores. Se defiende un tipo de relaciones humanas basadas en el cuidado recíproco y volitivo, “fruto de la propia decisión autónoma, por convicción más allá de la imposición [...]”. Una ética, la del cuidado, sustentada en la comprensión de la fragilidad humana y en definitiva enraizada con la evidencia de la “internecesidad”, de la interdependencia y de la construcción personal a partir de la relación social” (p. 28).

Por otro lado, se insiste en la idea de que la moral no puede ser enseñada, sino que debe ser practicada. La educación en valores es una tarea compleja que no se agota en la acción transmisora del educador tomado individualmente (p. 85). La tarea de los maestros es la de construir conjuntamente, como institución, un medio educativo en el que sus alumnos hagan, experimenten y en definitiva “vivan” los valores a través de su propia experiencia.

Los espacios generados por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación cobran cada vez más importancia en la vida de niños y jóvenes. El uso de las nuevas tecnologías suscita nuevos interrogantes acerca del equilibrio entre autonomía y responsabilidad: ante los existentes peligros de la red no se debe restringir su uso, pero tampoco puede fomentarse un uso indiscriminado e irresponsable. Consiguientemente, resulta imprescindible el acompañamiento por parte de los adultos en el aprendizaje de su uso, “incluso dando por supuesto que el cono-

cimiento técnico de los dispositivos y programa sea más elevado por parte de los menores en detrimento de los adultos” (p. 95).

No obstante, como recogen los capítulos finales del libro, la influencia de los avances científico-técnicos va más allá. Los últimos progresos en neurociencia abren nuevas puertas al mundo de la educación: ¿Y si fuera posible mejorar los procesos de enseñanza y aprendizaje contemplando el funcionamiento cerebral?, ¿tienen la autonomía y la responsabilidad una base cerebral?, ¿se puede fundamentar la moral humana en lo neurobiológico?. En una sociedad cada vez más interdisciplinar, cabe aprovechar la oportunidad de poner la ciencia al servicio de la educación, para crear así contextos de aprendizajes más ricos. Por el momento, nos quedamos con la idea de que “es imprescindible que las acciones y planteamientos pedagógicos sean respetuosos con la individualidad de cada cerebro, a la vez que se engloben en paraguas comunes de justicia y solidaridad social” (p. 155), pues aún quedan muchas limitaciones por superar para que la relación entre neurociencia y educación sea realmente fructífera.

Finalmente, se destinan las últimas líneas de este texto a animar a académicos y profesionales del mundo educativo, pero también a madres y padres de familia, a leer esta obra donde, gracias a la colaboración de profesionales de distintas disciplinas y ámbitos de trabajo, se encuentran respuestas a los grandes interrogantes que hoy nos plantea la educación.

Melania Muñoz Castillo
Universidad de Barcelona

Fontal, O., Marín, S. y García, S. (2015).

Educación de las artes visuales y plásticas en Educación Primaria.

Madrid: Ediciones Paraninfo, 194 pp.

Las autoras del presente libro forman parte del grupo de investigación en educación artística y educación patrimonial de la Universidad de Valladolid. La investigadora principal del grupo es Olaia Fontal, profesora titular del área de didáctica de la Expresión Plástica en la Universidad de Valladolid. Desde hace más de veinte años ha centrado sus investigaciones en proyectos relacionados con la educación patrimonial y la didáctica del arte actual. Sofía Marín investiga en diferentes proyectos vinculados al Observatorio de Educación Patrimonial en España. Por último, Silvia García es docente en la Universidad de Valladolid en el área de Expresión Plástica.